

Jorge Luis Borges
Œuvres complètes. 2 vol
Paris: Gallimard, Bibliothèque de La Pléiade, 1993, 1999

La historia de la literatura tiene sus obstinaciones. Si durante su vida Borges pudo atribuir su fama a la generosidad de las traducciones francesas, su destino póstumo parece seguir las mismas huellas. En pocos meses los dos volúmenes de la lujosa edición francesa de *La Pléiade* se han convertido en la referencia absoluta. En gran parte por mérito propio; en parte, también, porque no es difícil superar lo que se está cometiendo en Emecé.

Tal vez convenga recordar que cuando Borges muere, sus *Obras Completas* comportan un solo volumen (correspondiente a los dos primeros actuales), seguido de otro consagrado a las *Obras Completas en Colaboración*. Después de esa primera recopilación, a cargo de Carlos V. Frías en 1974, Borges ha seguido escribiendo obras admirables, en volumen y sueltas. Pero no constituyó él mismo un nuevo volumen de sus obras completas.

En cambio, desde al menos 1983, participó con entusiasmo en el proyecto de obras completas en francés para las ediciones de La Pléiade, el cual, curiosamente difiere en forma substancial del proyecto que aparece hoy como el oficial. Los deseos de Borges para esa nueva edición, recogidos por Jean-Pierre Bernès, su entusiasta editor, pueden resumirse en cinco puntos: 1) no desarmar los libros publicados por el autor, 2) disponerlos en orden cronológico, 3) no incorporar las *Obras Completas en colaboración*, 4) anexar una sección de textos no recogidos en libros, 5) corregir las traducciones existentes.

Las tres primeras consignas han sido rigurosamente seguidas por el editor francés. La cuarta, en cambio, con ciertas reservas. Los dos volúmenes reúnen por orden cronológico, respectivamente, las obras hasta 1952 y desde 1960. En el primer volumen aparecen las obras canónicas desde *Fervor* hasta *Otras Inquisiciones*, y quedan excluidos, sin duda por exceso de influencia directa del poeta, los libros proscritos: *Inquisiciones* (1925), *El tamaño de mi esperanza* (1926) y *El idioma de los argentinos* (1928). Sin embargo, una larguísima sección de más de 400 páginas, destinada a artículos no aparecidos en volumen (“Artículos non recueillis”) completa ambos tomos, esta vez sin estricto orden cronológico. De los tres libros mencionados, la edición de Bernès retoma 24 títulos sobre 73, es decir, menos de un tercio. Si esta carencia se puede explicar por la influencia de Borges, resulta menos explicable el hecho de que para los textos publicados en *El Hogar*, La Pléiade se limite a repetir el elenco de *Textos cautivos*, que omite (si cotejamos con las bibliografías de Helft y de Louis) 88 títulos, o al menos 83, en caso de excluir las traducciones.

La quinta condición es la que más deja que desear. A pesar de su declarada gratitud, Borges deseaba –y con cuánta razón– que se revieran las antiguas traducciones. El editor afirma haberlo hecho, pero el resultado es desigual, si juzgamos por la obstinada presencia de ciertas aberraciones, como la del “rancho” del memorioso Funes, que en la traducción francesa de Verdevoye, corregida por Bernès, se convierte en un *ranch*, es decir, en una estancia... Tradicionalmente Gallimard es excelente editor y desatinado traductor. Es una lástima que este esmeradísimo trabajo no rectifique la impresión. La

dedicación y la fineza de Jean-Pierre Bernès no han sido suficientes para corregir los desatinos de esas viejas traducciones francesas que, paradójicamente, constituyeron el pedestal de Borges. Suponemos que al principio el trabajo debía ser llevado a cabo por un equipo y que luego se fue convirtiendo en obra de un solo hombre. Allí radica, tal vez, lo más meritorio pero también lo más débil de este proyecto. Si comparamos, por ejemplo, la traducción de los poemas que hace el editor italiano –que nos regala, además, con el original castellano en páginas adosadas– con lo que nos inflige, en francés, Ibarra, podremos ver la diferencia. Aunque excelente escritor y amigo íntimo del poeta, Ibarra no heredó ciertamente su sentido del fraseo.

Pero sin duda lo más rico de la edición de Bernès es el aparato crítico. Los textos de Borges aparecen en la primera parte de cada volumen, sin nota ni comentario, permitiendo así una *lectio continua* del corpus borgesiano. En cambio, casi 800 páginas, distribuidas al final de cada volumen están consagradas a “Notas y variantes”. En muchos casos, como por ejemplo en el poema “La Recoleta”, que Borges había transformado radicalmente de una edición a otra, Bernès ofrece en “Notas y variantes”, el texto completo de la primera versión. Pero eso no es todo. Dentro del *corpus*, como apéndice a cada libro canónico, viene presentado un “Al margen de...” que comporta no sólo lo que Borges ha ido expurgando, sino lo que por diferentes razones ha sido escrito en la misma época sin ser incorporado a ningún volumen. Así “Al margen de *Fervor de Buenos Aires*” comporta no sólo 13 poemas reunidos bajo el título de *Ritmos rojos*, sino, también, una segunda sección, compuesta de 11 poemas, bajo el título “Esbozo de *Fervor de Buenos Aires* y poemas no retomados en la versión definitiva”.

Como si esto fuera poco, la edición de Bernès ofrece igualmente, cada vez que se hace necesario, una comparación con la versión “pre-original”, es decir, la previa a la entrada de un texto dentro de un volumen.

Lo único que se podría objetar a este sistema es que hay momentos en que, dentro de un simple comentario –que el lector podría juzgar prescindible– aparece por única vez algún texto de Borges de primera magnitud. Ese efecto demasiado conversado que tienen las notas, aunque no deja de tener su encanto, contribuye a veces a ahogar textos capitales.

Dicho esto, si, por milagro, se pudiera disponer en castellano de una edición comparable a la que nos ofrece Bernès, Borges, el Borges que leemos, podría sentirse ampliamente reconfortado.

Cristina Parodi
Buenos Aires